

## EL FARAÓN QUE SOÑÓ UN CUENTO

La sombra de la pirámide se hacía inmensa en el atardecer. El cielo convertía en rojos los colores. Quedaba la silueta recortada sobre la arena en oscuros fríos. El silencio era una puerta en la inmensidad. En aquella hora, en la imprecisa luz del crepúsculo, el Faraón se sentaba frente al desierto. Le gustaba sentir la eternidad. Pensaba en el mundo, en las cosas, en las personas que lo rodeaban. Las estrellas lo sorprendían cada noche con los ojos brillantes y en la boca miles de preguntas sin hacer. Después de la opulenta cena, en las tertulias del palacio, había pocas cosas para decir. La madrugada atravesaba fría la arena del desierto. El Faraón estaba aún pensando, envuelto en linos blancos, esperaba entrar en el reino de los sueños.

Aquella noche una pesadilla lo persiguió implacable. Despertó sudoroso, con las manos temblando y cierto sabor acre en la boca.

El imperio se sumía en una sombra oscura. Los días, las semanas, los meses y los años pasaban rápidos, como si corriesen huyendo del sufrimiento. Su pueblo había cambiado mucho. Las gentes en medio de las calles peleaban. La plaza de la libertad era un circo de fieras que acosaban a los que pedían el derecho a pensar por sí mismos. La sangre y la violencia teñían las caras de hermanos. Las gentes eran títeres en manos de poderosos tiranos que sólo conocían la palabra poder. No existían términos como amor, solidaridad, tolerancia, paz...

Los tiranos eran sordos, sus ojos no veían sino lo que sus deseos desatados ofrecían a la vista.

Fuera, en los otros países, nadie decía nada, nadie sabía. Todos los jefes de las tribus del mundo eran mudos, ciegos, no pensaban. No se habían dado cuenta de que existían los tiranos.

Las palabras eran mentiras caprichosas, cambiantes en las bocas de los poderosos. Y la verdad huía, avergonzada.

El faraón se sintió sobresaltado. Su corazón palpitaba lleno de dolor. En el sueño se rompían tesoros de su civilización en manos de hordas furiosas, violentas, que saqueaban los silenciosos museos en los que dormían los objetos que rodeaban su vida cotidiana.

En el mundo nuevo todo se vendía, todo tenía un precio. Todo era objeto de transacciones llevadas a cabo por poderes económicos. Hasta la belleza de sus pirámides tenía un precio.

Lloró. Siempre había pensado que los días veniros serían mejores, más felices. Se sumió en una tristeza profunda. A partir de aquel día decidió que no hablaría con nadie. Hizo venir a los hombres que contaban historias en el mercado. Venían de lejos, nadie sabía de dónde, ni por qué caminos habían llegado. Pero en sus túnicas estaba adherido polvo de caminos astrales. Los que los habían oído aseguraban que sus voces quemaban como soles y podían cortar como los cuchillos más afilados. Pero lo más importante era que cuando narraban se acurrucaba el miedo, y dormía.

Los hombres de las palabras llegaron. El Faraón esperaba ansioso, con los ojos chispeando. Una red laboriosa de versos lo atrapó para siempre. El faraón viajó sobre las historias, sobre los cuentos, sobre poemas. Conoció al alma de los pueblos, aprendió a gobernar y a ser justo. Supo que la libertad de pensamiento era la mejor de las herencias que podía regalar a sus gentes. Sonrió pensando en que llegaría un día en que las personas podrían elegir, libres, su destino.

Sonó que, al menos, en el reino de los sueños, el mundo podría ser justo unos instantes.